

La Universidad de San Francisco Javier, la Compañía de Jesús en el Yucatán colonial

Indalecio Cardeña Vázquez

INTRODUCCIÓN

La labor desarrollada por la Compañía de Jesús en la península de Yucatán durante la época colonial nos resulta un tanto desconocida, debido, quizá, a su prematura salida de estas tierras en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando fueron expulsados de Yucatán, del mismo modo que todos los jesuitas fueron arrojados de todos los dominios españoles en esa centuria. No obstante que el campo de acción de estos religiosos, en los tiempos de la Colonia tuvo especial énfasis en los actuales estados de Yucatán y Campeche, llegaron incluso a Tabasco.

En la península yucateca, los jesuitas realizaron una actividad básicamente educativa, a diferencia de otras partes de México, como en el norte del país donde llevaron al cabo un vigoroso trabajo evangelizador fundando misiones, del mismo modo que lo hicieron en América del Sur.

En esta región, la actividad jesuítica comprendió, al igual que en la ciudad de México, si bien en menor grado debido al tamaño de la población y a factores económicos, el establecimiento de colegios, labores literarias, ministeriales y religiosas.

El trabajo educativo de los jesuitas en la península de Yucatán fue amplio, estableciendo tres colegios, dos en Mérida y otro en Campeche, uno de los cuales se convirtió en Universidad. El motivo de haberse dedicado principalmente a la enseñanza, radica en que los colonizadores de Yucatán, a principios del siglo XVII, solicitaron la presencia de los sacerdotes jesuitas precisamente para que se dedicaran a la educación superior de los jóvenes.

En efecto, el prestigio de estos religiosos como formadores, sobre todo por los colegios fundados por ellos, a la par de su celo apostólico, hizo

Indalecio Cardeña Vázquez.
Antropólogo. Director de la Pinacoteca del Estado "Juan Gamboa Guzmán". Centro INAH Yucatán.

que el 12 de octubre de 1604, hace 400 años, el Ayuntamiento y vecinos de Mérida solicitaran por escrito al padre provincial de la Compañía de Jesús en México, la fundación de un colegio de segunda enseñanza en esta ciudad.

Al año siguiente de esa solicitud, en 1605, los padres jesuitas Pedro Díaz y Pedro Calderón llegaron a Mérida, para ver la posibilidad de realizar tal fundación, la cual no fue posible hacer por no reunirse los fondos necesarios. En aquel entonces el obispo era Diego Vázquez del Mercado y el gobernador, Carlos de Luna y Arellano. El 5 de agosto de ese mismo año de 1605, el Cabildo meridano solicitó al rey de España y al Supremo Consejo de Indias en Madrid, rentas de las encomiendas que vacasen para sustento de los padres del Colegio Jesuita. Dos años después, en 1607, los padres Díaz y Calderón retornaron a la ciudad de México, luego de esperar infructuosamente la respuesta de Madrid.

Fray Diego López de Cogolludo, al hablar de los jesuitas durante la primera mitad del siglo XVII, menciona que

la vivienda de casa que han tenido hasta estos tiempos, ha sido algo desacomodada; hace labrado un cuarto donde hay ya mejores aposentos. La iglesia es pequeña, y como de prestado, ha causado lo uno y lo otro la cortedad de las rentas. Titular de ella es su ínclito fundador el Santo Padre Ignacio de Loyola.

Justo Sierra O'Reilly, por su parte, señala que

al principio la iglesia del Jesús fue pequeña y mal construida; pero a fines del siglo XVII, con el auxilio del vecindario, los jesuitas edificaron el hermoso templo que hoy existe.



EL COLEGIO Y LA UNIVERSIDAD DE SAN FRANCISCO JAVIER

No fue sino hasta 1618, once años después de haber sido formulada la solicitud de la fundación de un colegio, cuando la Compañía de Jesús pudo instaurar la orden en Yucatán. Ese año de 1618, el capitán Martín de Palomar, al morir dejó un legado de veinte mil pesos y su casa y solar situados a una esquina al norte de la catedral (la manzana comprendida entre las actuales calles 59 y 57, y 58 y 60) para fundar un colegio de enseñanza primaria y urbana.

El 19 de mayo de ese año de 1618, hace trescientos ochenta y seis años, el gobernador, capitán Francisco Ramírez Briceño dio autorización a los jesuitas para tomar posesión del Cole-



gio, luego que el obispo fray Gonzalo de Salazar, también había dado su licencia y aceptación del Colegio días antes, el 10 de mayo.

Para abrir el Colegio de San Francisco Javier en 1618, e iniciar la obra educativa que había de transformar espiritualmente a la Colonia, apunta el periodista e historiador Carlos R. Menéndez, vinieron de México cuatro jesuitas fundadores: los padres Tomás Domínguez, como Rector o superior; Francisco de Contreras, predicador; Melchor Maldonado, maestro, y el hermano Pedro Mena como coadjutor, para los oficios domésticos interiores, al que se agregó después un hermano estudiante que aprendiese la lengua maya, a fin de que, una vez ordenado, pudiese predicar en ella y confesar a los indios, de conformidad con la voluntad del fundador, capitán Palomar.

El 22 de noviembre de 1624, seis años después de ser abierto, o sea hace 380 años, el Colegio de San Francisco Javier se transformó en Universidad, por medio de un breve apostólico decretado por el rey Felipe II, que establecía que en los colegios de la Compañía de Jesús distantes doscientas millas de las universidades, se podían dar grados de bachilleres, licenciados, maestros y doctores, eligiéndose por patrona de esta institución a Santa Catalina.

Poco tiempo después, se abrieron en la Universidad de San Francisco Ja-

vier las cátedras de Filosofía, Teología y Derecho Canónico, esta última a cargo del sabio jesuita veracruzano Francisco Javier Alegre, quien con el transcurso del tiempo sería ilustre historiador de la Compañía de Jesús en la Nueva España, señala Carlos R. Menéndez.

En la Universidad ocuparon las cátedras las celebridades científicas y literarias de la época y se sucedían, en ellas, sin interrupción, actos literarios y conferencias que suscitaban el aplauso y el entusiasmo públicos, por lo que tanto las autoridades civiles como las eclesiásticas, ayudaban empeñosamente el desarrollo e impulso de la cultura en todas sus manifestaciones, allanando las dificultades que pudieran presentarse. De tal suerte pudo ser levantado el espacioso edificio especial para el colegio, con galerías, salones, aulas, dormitorios, jardines, etcétera, precisa Carlos R. Menéndez.

De la Universidad de San Francisco Javier egresaron, entre otros, expresa Menéndez, los ilustres jurisconsultos yucatecos del siglo XVIII: Eusebio Rodríguez de la Gala, Domingo López de Llergo, y el Pbro. Gaspar de Güemes, insigne benefactor de los jesuitas. No obstante que la labor evangelizadora en Yucatán fue realizada principalmente por los franciscanos, cuando los jesuitas llegaron a esta región se dedicaron igualmente a esta acción, destacando el padre Francisco Javier Gómez, natural de Aragón, por

sus dotes misioneras y facilidad para aprender la lengua maya, y de quien nos ocuparemos más adelante.

ACTIVIDADES MINISTERIALES JESUITAS

Las labores ministeriales de los jesuitas fueron especialmente importantes al trabajar con los mayas y realizar obras de beneficencia asistiendo a la población, como cuando en 1622 una hambruna se desató en la península y, posteriormente, cuando en 1648 una peste asoló Yucatán. En ambos casos, el Colegio de San Francisco Javier brindó asilo y comida a los necesitados. En la peste de 1648 fallecieron un hermano jesuita y siete de los nueve padres





jesuitas del Colegio,
incluyendo al rector.
De esos sucesos, las crónicas nar-
ran lo siguiente:

En el año de 1622, hízose sentir una gran hambre en la península de Yucatán. Los indios, dejando los pueblos y doctrinas, eran obligados a discurrir por los montes en busca de raíces y hierbas con qué alimentarse. No bastando el campo a la necesidad de tantos, se les veía venir a Mérida a vender sus alhajuelas para comprar un poco de maíz y, acabándose éstas en muy breve, se encontraban de puerta en puerta por la ciudad enjambre de pobres. Los Sres. Obispo y Gobernador, aún repartiendo largas limosnas y tomando las providencias más cristianas en la provisión y venta de granos, no podían poner entero remedio a tanto mal. En el colegio se daba de comer diariamente a más de 400 pobres y, por medio de seculares

piadosos, se sustentaban muchos más con las limosnas que recogían los Padres para este mismo efecto.

La peste en Mérida, en 1648, se llevó al Rector Padre Pedro Navarro, al Hermano Juan Esteban y a otros seis Padres, salvándose como por milagro, los dos únicos que quedaron aunque enfermaron. A los excesivos calores del país se juntó una seca tan rigurosa, que, por agosto, no había caído una lluvia considerable.

Allegóse una epidemia de peces, que en la playa arrojaba el mar, muertos, en cantidad tan notable, que infestaron todas las costas. Originada la peste en Campeche, pasó a Mérida con tal violencia, que ya no se tocaba a muerto ni a viático, ni bastaban los cementerios acostumbrados. Quiso el Señor que no prendiese luego la peste en el colegio, para que, en esta importante ocasión, socorriesen a sus prójimos. En efecto, siendo tan corto su número, parecía multiplicarse la caridad con que día y noche, asistían sin interrupción a todo género de personas en todos los cuarteles de la ciudad, tanto que la gente decía que parecían a ángeles que ni comían, ni descansaban, ni dormían, señalan las crónicas.

UN ILUSTRE BENEFACTOR

La Universidad de San Francisco Javier tuvo en el Pbro. Gaspar de Güemes, un extraordinario benefactor, y

así en 1711, con donativos de él, se hicieron ampliaciones al plantel y se edificó la Sala de Generales, el actual edificio del ex Congreso del Estado.

El 20 de abril de ese mismo año de 1711, se fundó en Mérida el Colegio Seminario de Nuestra Señora de los Dolores y de San Pedro (en el inmueble ahora modificado donde se encuentra la actual Universidad Autónoma de Yucatán), con siete becas, gracias a las donaciones igualmente del Pbro. Gaspar de Güemes.

El Pbro. Gaspar de Güemes, precisa Carlos R. Menéndez, exhibió al efecto, veintiséis mil pesos como sigue: doce mil para alimentar a los dos padres jesuitas encargados del plantel, y a un asistente de los mismos, para la construcción del aula magna en la Universidad de San Francisco Javier, y catorce mil pesos para la dotación de las siete becas. De este Colegio Seminario egresó, entre varios hombres distinguidos, el padre Nicolás de Lara.

El ilustre benefactor de la Universidad jesuita, y fundador del Colegio de San Pedro, Pbro. Gaspar de Güemes, falleció en 1726.

UN MISIONERO JESUITA DEL ÁREA MAYA

En 1734, llegó a Yucatán el padre jesuita Francisco Javier Gómez (1701-1784), de quien habíamos hecho mención líneas arriba. Acerca de este profesor en Mérida e incansable

misionero del área maya, las crónicas refieren las siguientes líneas:

En Yucatán ha de señalarse, a un insigne apóstol de los mayas, el Padre Francisco Javier Gómez, de origen aragonés, quien fue destinado a México poco después de ordenado sacerdote y trabajó primero con los indios de San Gregorio donde aprendió bien y pronto el náhuatl, consagrando los 34 años restantes de su vida, hasta su expulsión, al cultivo de los mayas.

Para aprender la lengua pasó un año entero en uno de los curatos más pobres y de peor temperamento de Yucatán, teniendo por maestro al cura párroco del mismo pueblo y llegó a hablarla con la perfección que cualquier indio natural de allí.



Éstos como comprendían tan bien sus doctrinas y sermones y él nunca se negaba a confesarlos, a componer sus diferencias y acariciar a sus niños, comenzaron a aficionársele y a presentarse dóciles consejos. Por otra parte, según decía el cura, su grande penitencia, sus perpetuos ayunos y sus santas costumbres hacían profunda impresión en quienes le trataban.

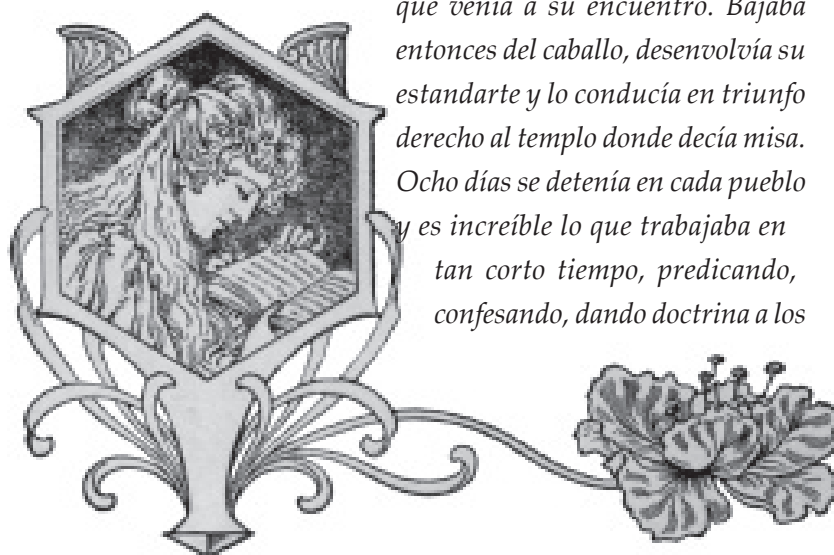
Empezó a recorrer uno por uno los pueblos de indios, llevando por estandarte una hermosa imagen de Ntra. Sra. de la Luz. Muy de madrugada y en ayunas emprendía a pie su camino llevando en sus brazos desplegado su estandarte, acompañado de multitud de gente rezando el rosario. Concluido éste, se volvía el acompañamiento a sus casas, envolvía el Padre la imagen, montaba a caballo y seguía con un solo criado su camino, ocupado en profunda oración hasta que encontraba la procesión de otro pueblo que venía a su encuentro. Bajaba entonces del caballo, desenvolvía su estandarte y lo conducía en triunfo derecho al templo donde decía misa. Ocho días se detenía en cada pueblo y es increíble lo que trabajaba en tan corto tiempo, predicando, confesando, dando doctrina a los

niños, visitando a los enfermos, casando parejas, al grado que decían los párrocos: "El Padre Javier no es de carne como somos todos los hombres, sino de mármol o de bronce". En efecto, nadie entendía como un hombre que a veces no tomaba más de tres onzas de comida al día, podía pasar por la mañana nueve horas en el confesonario, decir misa cerca del medio día y predicar dos horas por la tarde con un fervor sin igual, volver a sentarse a confesar y pasar gran parte de la noche en el rezo y meditación sin omitir sus sangrientas disciplinas.

Los frutos con que Dios le premiaba, no eran menos admirables en la reforma de las costumbres, frecuencia de sacramentos, reconciliaciones, restituciones y socorro de menesterosos. Así es que le disputaban los curas de Yucatán y Campeche.

Cuenta un autor que evangelizó un año entero Tabasco, excediéndose a sí mismo, y él mismo solía contar que los trabajos que allí pasó nadie los puede ni aun imaginar. Cierta día, después de predicar, pasando al presbiterio, se bajó la sotana y mandó a un indio que lo azotara por los pecados del pueblo y del clero. Rehusóse al principio éste, pero urgido, lo hizo tan bien que dejó al Padre desmayado.

Otra vez, predicando al aire libre, un toro bravo, que hacía días venía



asustando a la vecindad, se iba a echar sobre el auditorio. Ya la gente se aprestaba a la fuga, cuando el Padre mandó no se moviera nadie y al toro que se parase. Así lo hizo al punto y volviéndose al monte desapareció. En otra ocasión, a una mujer que salía de su confesonario sin haber querido reconciliarse con su marido, dijo, mirando a la Virgen de la Luz: "Madre mía, mándale el más feo diablo del infierno para que pueda dar fe de que esta señora quiere condenarse". Bastó eso para que volviera en sí.

La Pragmática Sanción de Carlos III vino a interrumpir estos trabajos y a quitar su ídolo a los Yucatecos, lanzando al destierro al que les había hecho tanto bien y al que llamaban a boca llena: "Nuestro santo misionero". Siguió en Italia ejercitando el ministerio y haciendo milagros con las reliquias de San Ciro. Lo que admiraba en este hombre, que tantas miserias humanas había tratado, era su virginal inocencia y un candor, franqueza y humilde sencillez verdaderamente encantadoras. Falleció octogenario en Bolonia el 20 de noviembre de 1784, concluyen las crónicas.

EL COLEGIO DE SAN JOSÉ EN CAMPECHE

En Campeche, la Compañía de Jesús intentó establecer en 1657, un colegio, sin embargo, esa intención no pudo



prosperar hasta 1711, cuando el 27 de enero de ese año, los esposos José María Santellín y María de Ugarte ofrecieron su ayuda para establecer en esa ciudad un colegio jesuita.

En 1715, comenzó en Campeche la construcción de la iglesia y convento de los jesuitas bajo la advocación de San José, y no fue sino hasta cuarenta y un años después, el 4 de noviembre de 1756, cuando abrió sus puertas el Colegio Seminario de San José de Campeche. El rector fue el padre Francisco Javier Yanes y las primeras cátedras que se instituyeron fueron las de Gramática, Lectura, Escritura y Doctrina Cristiana, precisa Carlos R. Menéndez.

LA EXPULSIÓN DE LOS JESUITAS

En 1767, la Compañía de Jesús fue expulsada de los territorios españoles por decreto del rey Carlos III, que mandaba el abandono de los jesuitas, de todos los dominios españoles y sus aliados en esa fecha.

En Yucatán, fueron obligados a abandonar su fundación la noche del 6 de junio de ese año, y seis días después, el 12 de junio, fueron embarcados en Campeche, junto con

los demás sacerdotes de esa orden en aquella ciudad, rumbo a Roma.

En el momento de la expulsión eran rectores, de la Universidad, el padre Pedro Rotea; del Colegio de San Pedro, el padre Pedro Iturriaga, y del Colegio de José de Campeche, el padre Agustín Javier Palomino. El total de jesuitas expulsados en Yucatán fueron 10, nueve sacerdotes y un coadjutor.

Los jesuitas yucatecos expulsados de México, fueron: P. José Romero, originario de Mérida; P. Nicolás Vázquez, de Mérida; P. Manuel Brito, de Mérida; P. José Vicente Anguas Alcocer, originario de Valladolid; P. Domingo Rodríguez, originario de Izamal, y P. Juan Urrutia, originario de Campeche. Total de jesuitas yucatecos, seis.

Los colegios que los expulsados dirigían en las dos principales ciudades de la Península quedaron automáticamente clausurados y confiscados sus mobiliarios, archivos, bibliotecas, etcétera, en medio de las protestas de la gente, pues se privó a la juventud de valiosos planteles de educación servidos por excelentes maestros, tan sólo "por los motivos secretos que se reservaba en su real ánimo", el autócrata monarca Carlos III, indica Carlos R. Menéndez.

Los bienes embargados a los discípulos de San Ignacio de Loyola en Yucatán y Campeche, explica Menéndez, pasaron a la administra-

ción de una junta especial llamada Junta de Temporalidades, cuya sede estuvo en la ciudad de México. Un edificio que perteneció a los jesuitas en Mérida, fue la hacienda San Pedro Chucucaxim, actualmente sede de la Casa de la Cristiandad.

El 8 de octubre de 1796, los Ayuntamientos de Mérida y Valladolid solicitaron al rey la reapertura de la Universidad de San Francisco Javier, pero esa solicitud nunca fue respondida.

En el siglo XIX hubo dos intentos para restablecer la orden en Yucatán, en 1888 y 1898. En la ciudad de México, los jesuitas ya se habían establecido de nuevo en 1816, pero no fue sino hasta el 30 de noviembre de 1903 cuando la Compañía de Jesús se instauró nuevamente en Yucatán.

VESTIGIOS ACTUALES DE LA UNIVERSIDAD JESUITA

Hoy en día, el teatro José Peón Contreras, el callejón del Congreso y el Parque de la Madre, se levantan donde en los siglos XVII y XVIII estuvo la Universidad de San Francisco Javier.

De aquel conjunto arquitectónico formado por la Universidad y el templo de El Jesús, actualmente sólo existen, además del hermoso templo: el aula magna o Salón de los Generales, donde estuvo por muchos años el Congreso del Estado, y edificaciones adyacentes al templo, tales como

una hermosa escalera barroca, parte de uno de los corredores superiores de la Universidad, el Confesionario rojo, y la antigua y espaciosa sacristía, que ahora alberga la Pinacoteca del Estado "Juan Gamboa Guzmán".

Un puente de piedra atravesaba en la época colonial la actual calle 60, uniendo la Universidad de San Francisco Javier con el Colegio de San Pedro. El P. Joaquín Gallo Reynoso, señala que ese puente posiblemente estuvo en el sitio donde hoy están el costado sur del teatro José Peón Contreras y la Universidad Autónoma de Yucatán.

La antigua Universidad de San Francisco Javier constituye el antecedente más importante en la educación de nivel superior de Yucatán y es, sin duda, el ejemplo más claro del celo y labor evangélica que la Compañía de Jesús realiza en la península de Yucatán, desde hace casi 400 años.

BIBLIOGRAFÍA

- Cogolludo, Fray Diego López de. 1954. *Historia de Yucatán*, 3 vols., Comisión de Historia, Campeche, Campeche.
- Decorme, Gerard S. J. 1941. *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial 1572-1767*, Editorial Porrúa, México, D.F.
- Menéndez, Carlos R. 1933. *La obra educativa de los jesuitas en Yucatán y Campeche durante la dominación española (1618 -1767)*, Compañía Tipográfica Yucateca, Mérida, Yucatán.
- Turrisa, José (sobrenombre de Justo Sierra O'Reilly). 1846. La iglesia del Jesús y antiguo Colegio de San Javier, en: *Registro Yucateco*, tomo tercero, imprenta de Castillo y Compañía, Mérida, Yucatán.





PAPEL TAPIZ.

UN EXTENSO SURTIDO DE PINTADOS,
CLASES Y PRECIOS.

BAÑADERAS FINÍSIMAS,
CON LLAVES PARA AGUA FRÍA Y CALIENTE.

MOLINOS DE VIENTO,
“AERMOTOR”
DE 40 y 50 PIÉS DE TORRE.

LÁMPARAS! Lámparas! LÁMPARAS!
DE TODAS CLASES Y PRECIOS.

Vinos, Cognacs, Conservas, &.,

UN SURTIDO SIEMPRE RENOVADO, EN

LA MISCELÁNEA,

de AGUSTÍN VALES MILLET.

Calle 58, No. 509.-Mérida.



Aurelio Pinto C.

VENDE
PASTURAS

DE
TODAS CLASES
A PRECIOS
SIN COMPETENCIA.

VINOS

Tinto
y Jerez,

en Botas, medias Botas, Barriles
y Cajas.

ESPECIALIDAD
EN VINOS
para consagrar.

* ROM DE TABASCO *

HABANERO y OTROS VARIOS
AÑEJO

ARTÍCULOS COMO COGNACS FINOS Y CORRIENTES.

AGUA APOLLINARIS

EN MEDIOS Y CUARTOS LITROS.

Más Barato que yo, nadie.